

VIAJES

A LA CONQUISTA DEL BÁLTICO

Por
JOSÉ M^a LÓPEZ PUERTA

EL 1 de julio de este año 2004, 49 audaces “Amigos de los museos de Osuna “ nos disponíamos a emprender un recorrido por el norte de Europa ávidos de deseo por conocer otros pueblos, otros lugares, otras civilizaciones, que tienen en común un mar interno de 430.000 km² de superficie, cuya máxima anchura es de 220 km y cuya profundidad media no sobrepasa los 53 metros. Ese mar se llama Báltico y en él desembocan más de 220 ríos que determinan que su salinidad sea muy baja, algunos de ellos tan caudalosos como el Vístula, el Oder o el Niemen, por ello cuando el invierno llega y las temperaturas bajan se convierte su superficie en una capa de hielo.

Al coger el autobús en Sevilla, partiendo hacia nuestro primer aeropuerto, nuestro recuerdo era para Manolo Olmedo y Loli, nuestro gran *pope* (sacerdote en Ruso) de Alejandría, convaleciente de unas inoportunas fracturas de las que según mis noticias ya está recuperado.

Pues bien a las 11 de la mañana partíamos de Sevilla y a las 12 de Osuna en camino hacia el aeropuerto de Málaga, para vía Madrid llegar a Estocolmo. En Málaga nuestra agencia de viajes nos esperaba para atendernos y entregarnos billetes y bolsas de viaje. La alegría y el bullicio en el grupo giraba entre sentirse arropados ante lo desconocido y desear huir del gran calor de aquellos días. En nuestro viaje tras la salida de Madrid, un mar de nubes nos impedía ver el suelo, y nosotros auxiliados por un pequeño mapa imaginábamos aquellos 3.000 km que sobrevolábamos hasta el aeropuerto de Arlanda en Estocolmo.

A nuestra llegada sobre las 9,30 h., la aparente noche se cernía sobre el aeropuerto, pues las nubes procedentes del cercano norte amenazaban lluvia. La temperatura en el lugar era unos 30° inferior a la de nuestro aeropuerto de partida y por ello mismo nos reconfortaba. A la salida del aeropuerto nuestro guía, Ignacio Toquero, nuestro autobús de diseño tapizado en cuero gris y muy limpio, entonces plenamente con el entorno. Los taxis estaban por doquier. A través de la megafonía del autobús

de sonido perfecto, nos presentaban a nuestro chofer de nombre José. Algunos soñaban con apreciar la noche blanca, estábamos en Suecia.

En el camino desde Arlanda hasta nuestro hotel, el Nordic Sea, unos 40 km., atravesamos bosques, prados verdes y campos con mies cortada y empaçada.

Suecia de casi 450.000 km², con una población de unos 8.850.000 habitantes, casi todos ellos protestantes; con unos cien mil lagos, había decidido un año antes y tras referéndum, no entrar en el euro, por lo que lo primero que hicimos en Arlanda fue cambiar euros por coronas suecas (1 euro=9,19 coronas).

Nuestro cuarto del hotel de diseño, con calefacción para secar las toallas, era confortable y nos permitió, tras un rápido aseo, partir para conocer la noche de Estocolmo.

Al salir, en la entrada del hotel, un bar de hielo, donde muchos nos fotografiamos, nos permitió ver esculturas heladas e intuir el clima invernal de la próxima Laponia. Un pequeño paseo por los alrededores del hotel, bajo lluvia en forma de chirimirí, una cena en uno de los pocos restaurantes de comida rápida abiertos, cerraban el día. Caminando llegamos hasta una plaza central. Grecia había ganado las semifinales y la comunidad griega hacía sonar sus bocinas en señal de alegría.

A las 12 estábamos acostados.

Día 2/7/04

Tras el desayuno, comenzábamos el recorrido por Estocolmo. Nuestra guía, con nombre de divinidad egipcia pues se llamaba Osiris, (hija de la tierra y del firmamento) nos esperaba para comenzar la ruta. Al salir del hotel, en el hall unas enormes peceras llamaban la atención y entretenían a todos los que esperaban al grupo. Una agradable brisa nos saludaba y un chaleco nos protegía frente a la misma. Nuestro chofer, el autobús y una fina lluvia nos recibían a la salida.

Estocolmo, ciudad edificada sobre 14 islas, comunicadas por 52 puentes, se encuentra dividida por zonas que les voy, poco a poco, a describir. El autobús atravesaba un puente donde las aguas del Lago Mälaren encuentran al Báltico, nos dirigíamos al Museo Vasa. Edificio que lleva su nombre en honor del noble Gustavo Vasa, quien en 1523 liberó a Suecia de los daneses al mismo tiempo que se proclamó Rey afecto al protestantismo.

La mañana era lluviosa, la visita al museo, mientras caía un gran aguacero, era providencial. Allí protegidos vimos el buque museo, hundido en 1628, a poco más de 1 km de su botadura en astilleros; hundimiento debido al enorme peso de su armamento y sus cañones y a la falta de estabilidad del mismo.

Nuestros navíos, por esas fechas, caminaban rumbo a las Americas, y Suecia, al mando de su

Rey Gustavo II, iniciaba el período de su mayor grandeza, aquel en el que se consideraba al Báltico como uno más de los lagos suecos y los países que lo bordeaban, desde Estonia hasta Polonia, simples colonias suecas.

El Museo Vasa era interesante, contemplamos como era la vida a bordo en aquella época, como se desenvolvían las batallas navales en el siglo XVII. Comprendimos el simbolismo de las esculturas que adornaban el barco, y entendimos como en sus magníficas atarazanas se pudo construir un buque de guerra que nunca entró en batalla. El hallazgo y rescate del barco cerraba el capítulo de la visita.

Acabada la misma, la lluvia también se había terminado, nos dirigimos en nuestro autobús hasta la ciudad vieja, aquella zona donde el Palacio Real tiene su sede, edificio de granito y clara inspiración barroca y rodeándolo preciosas fachadas de casas dieciochescas. Callejeando profusamente dimos con la que dicen es la estatua más pequeña de Europa, aquella que deben visitar los turistas si desean volver otra vez a Estocolmo. Vista esta zona nos dirigimos, a través de un nuevo puente, a una isla próxima donde las fachadas nobles de sus casas hacían honor a nuestra presencia, estábamos en la isla de la nobleza o de los caballeros, ella nos daba la bienvenida a la vez que la unión de las aguas dulces del Lago Mälaren y el Báltico nos permitían ver más de la ciudad; en una de sus orillas el Ayuntamiento, donde tienen lugar las fiestas de los Premios Nobel. Una iglesia luterana cerraba nuestro recorrido en esta zona.

A través de una esclusa llegamos al barrio de los estudiantes y obreros, aquel desde el que se divisan bonitas vistas del Báltico.

Finalmente tras una subida empinada, estábamos en una colina desde donde se admiraba todo Estocolmo a nuestros pies y el Báltico en todo su esplendor. En este lugar la mayoría nos hicimos fotos.

La guía nos explicaba, a la vuelta, que el actual monarca sueco era descendiente directo (desde 1810) del mariscal francés de Napoleón, Jean Baptiste Bernadote. Era la época de la grandeza de Napoleón. Dos años antes los españoles se habían alzado contra José Bonaparte y la dominación francesa. Desde este lugar nos fuimos a nuestro hotel donde una suculenta comida nos esperaba. Un paseo por las calles comerciales, tras nuestra comida, compras de algunos recuerdos, una calle repleta de banderas, unos hombres subidos en enormes zancos haciendo propaganda, un paseo bajo el sol, unas tiendas de diseño nórdico y a las 3.45h estábamos todos montados camino del barco que nos llevaría a la siguiente etapa. Todavía restaba mucho que ver y el sol era radiante.

Al llegar a la estación marítima oteamos nuestra nave—el rucero *Gabriella*— de la línea Viking Line,

era grande y hermoso. Tras facturar nuestras maletas atravesamos una pasarela desde un primer piso de la estación marítima donde mostrábamos nuestro billete ante las órdenes de un sueco, por lo que más de uno se “hizo el español”, como los suecos comentan ante uno que no hace caso o como nosotros decimos —“se hace el sueco”—. Nacho repartía los camarotes y tras una pequeña reunión partíamos hacia Finlandia. La tarde era espléndida, el sol radiante y a través de archipiélagos, a las 4.30h, partíamos hacia el mar de las batallas del Norte.

Tardamos unas 5 horas desde Estocolmo hasta el mar libre, la navegación era lenta, las vistas desde la cubierta maravillosas, islas verdes, pobladas de pinos, casitas de colores, amarillo o rojo, palacetes y casas señoriales, poblaban sus orillas. El mar en calma total parecía un lago. La puesta de Sol y el atardecer —larguísimos e inolvidables— una gaviota nos distrajo acompañándonos con sus vuelos.

Hacia las 8h la cena, en la proa, que nos permitió degustar un gran *buffet*. La conversación entre amigos, todos hablábamos de lo bien que aquella jornada se estaba desarrollando. La animación de los bares, con música del país, gente cantando, discotecas, salones de baile y el normal bullicio hicieron de la tarde algo inolvidable. Hacia las 12 de la noche y siendo aún de día, el barco tocaba puerto en una de las islas Aland, aquellas islas que tras el reconocimiento de la Independencia de Finlandia en 1918, por parte de Suecia, constituyeron motivo de discordias hasta que en 1921 la Liga de las Naciones decidió su pertenencia a Finlandia aunque salvaguardando su cultura sueca.

Nuestros recuerdos de los magníficos paisajes visitados por la tarde a proa del barco y el camarote en la misma proa nos permitieron un reparador sueño.

Día 3/7/04

A las 7h de la mañana había previsto varios sistemas para despertarme, José Antonio nos llamó. Cuando subimos a la cubierta del barco un día brumoso y con lluvia nos saludaba. Enseguida vamos a llegar a Helsinki, estamos nuevamente en el comedor de proa desayunando, navegamos entre peñones llenos de gaviotas, las hélices del barco marcan la ruta dejada atrás. En las orillas vegetación de arboleda verde. El puerto y su frontera están cerca. Tras el desembarco nuestra guía en Finlandia, de nombre Valeri y de origen mejicano, nos esperaba con gran ilusión, para darnos un recorrido por la ciudad. Enseguida nuestro autobús nos recogió nuevamente, en el camino y en medio de aquel día lluvioso nos contaba la historia de Finlandia, estábamos en la tierra de los lapones, habíamos llegado en la línea Viking Line y estábamos en el puerto de Katajanokka.

Finlandia es un país de 5.700.000 hab. de los que quinientos mil viven en Helsinki y casi un millón en su área total de influencia. Nuestra guía partía del siglo XII para explicar como en esa época, y concretamente en 1323, tras guerras de cruzadas por parte de los suecos, Finlandia se había unido al Reino de Suecia, aceptando el cristianismo y al igual que ella, en la Edad Media, se unió a la reforma protestante. Fue Napoleón quien pactó con el Zar Alejandro I, en 1807, la anexión a la corona rusa de estos territorios, y no fue hasta 1917 cuando Finlandia se proclamó república constitucional. Sin embargo, la división de sus habitantes unos progermánicos, otros prorrusos, hizo que en 1918 surgiera la Guerra Civil, estábamos en ese año en la Primera Guerra Mundial. Finlandia a lo largo de la Segunda Guerra Mundial entró en conflictos territoriales con Rusia. En el año 1995 ingresaba en la Unión Europea.

Los relojes al llegar al país hubieron de ser adelantados 1 hora más.

Desde nuestro autobús veíamos los grandes astilleros al fondo. La guía nos hablaba del invierno en Finlandia, cuando sus temperaturas alcanzan -30°, cuando el mar se hiela, cuando las comunicaciones se hacen en barcos rompehielos. Nos hablaba del poema épico nacional “Kalerala” que narra las expediciones de los vikingos bálticos. Según ella, y a juzgar por nuestra actitud –estábamos “cansadones”–.

Bordeando parques llegamos al de Sibelius. Vimos el monumento al gran maestro de la música (1865-1957) cuyas óperas constituyen una de las manifestaciones culturales más importantes del país. Tras un recorrido por sus calles y tras ver el Parlamento Viejo y el Nuevo, nuestra guía nos condujo hasta una iglesia ortodoxa donde muchos se hicieron fotos. Tras esta visita el autobús se detenía en la plaza del senado, donde entre sus edificios neoclásicos destacaban la catedral evangélico-luterana y el edificio del Senado. Tras recorrer esta plaza algunos decidimos ir, a pesar de la persistente lluvia, hasta la Plaza del Mercado, lugar donde la fruta –aparentemente exquisita– se mezclaba con puestecillos de lo más variopintos. Como la lluvia arreciaba y era la protagonista del día decidimos abandonar las calles e irnos a galerías y almacenes, acabando en unos almacenes ubicados en la Plaza del Senado, donde distintos artesanos finlandeses exponían sus productos. Las chaquetas laponas, para las señoras, gorritos laponos para niños, bordados en colores exquisitos y paraguas fueron objeto de compra. Tras una comida frugal en este mismo lugar, a las 15h nos dirigimos hacia nuestro autobús donde nuestra guía nos iba a dar instrucciones. Lo primero que nos dijo es que el no podía acompañarnos a Rusia ya que la embajada rusa le había negado el visado. Una vez en el autobús, nos dirigimos a la estación de tren donde en

medio de un enorme chaparrón conseguimos bajar las maletas y en una especie de orden procesional nos dirigimos a los andenes a coger nuestro tren.

Ya, Ignacio, a preguntas de varios viajeros, sobre cómo era el tren donde nos montaríamos, contestaba siempre –es un tren finlandés–. Pues bien, cuando encaramos nuestro andén el único tren que allí había tenía sus letreros en cirílico ruso y a pie de vagón había un revisor con una enorme gorra, similar a la de los militares rusos, que nos indicaba dónde debíamos montarnos. Ahí es nada, unos querían subir, otros acomodarse, otros pasar, el vagón estaba a oscuras; el esfuerzo para subir las maletas, llegar al vagón que Ignacio nos había asignado, dándonos los billetes y colocar el equipaje encima de las rejillas, fue todo un ejercicio de habilidad, fuerza y de anécdotas hasta sentarnos. Tras la tensión, las risas. Estábamos en un vagón de un tren de segunda y no entendíamos nadie nada de nada. A la hora en punto el tren partía y minutos después el revisor sin su enorme gorra de plato, nos recogía los pasaportes. Una camarera nos trajo la merienda (zumo, *croissant* y yogurt). La visita al vagón bar me recordó otro viaje que realicé hace unos años entre Varsovia y Cracovia. Un pope estaba de charla “en español” con alguno de los viajeros. Al vagón bar casi todos le hicimos fotos. Las visitas de unos a otros en los distintos departamentos, las bromas sobre la policía rusa, las anécdotas sobre las literas del barco, la noche anterior, y las dificultades para la subida sin escalera hasta las literas superiores de algunos viajeros, nos hicieron reír abundantemente. En nuestro departamento M^a Manuela, Rosarillo, el matrimonio Pastor, Pilar, mi mujer, y yo. Parte del tiempo del viaje lo ocupó el rellenar los documentos para entregar en la frontera rusa.

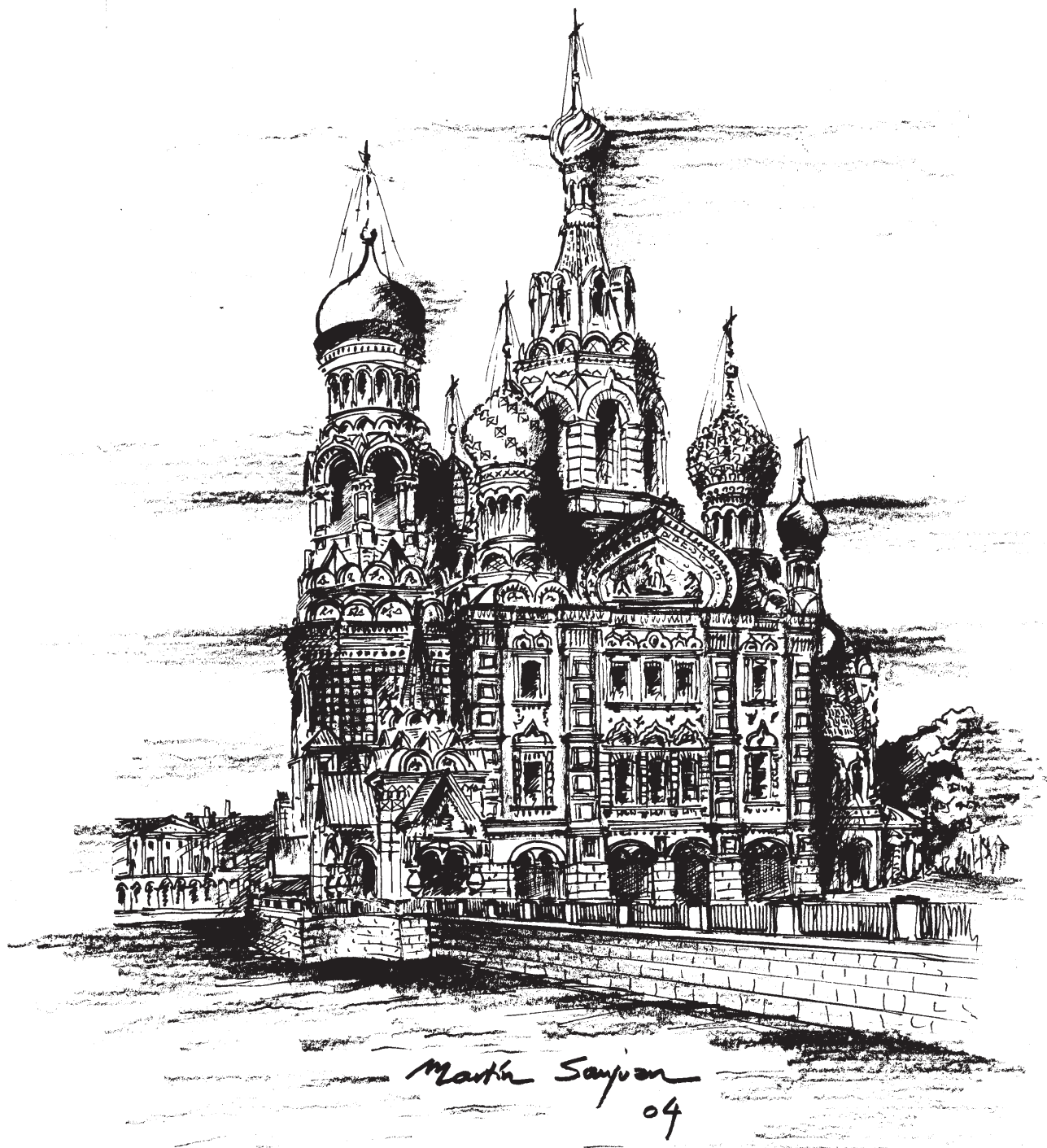
El paisaje transcurría por nuestra ventana, bosques, prados verdes, estaciones antiguas y árboles coníferas, no muy altos. Poco a poco la tarde mejoraba. Ya nos dirigíamos hacia la gran ciudad de San Petersburgo.

El reloj al llegar lo adelantaríamos otra hora, por el nuevo uso horario.

Unos pasajeros noruegos que habían vivido en Las Baleares, en el compartimento cercano al nuestro, tañían canciones melodiosas. Las nubes volvían a tapar al sol, era como si el otoño de nuestro país se hubiera vestido de primavera rusa. Llegamos a la frontera Bainikkala nada más alcanzarla el tren se detuvo y unos nuevos funcionarios subían para controlar nuestros pasaportes. El control de la frontera, lento y tedioso, con perros que se paseaban por el vagón cogidos de los brazos de sus cuidadores, ¿qué buscarían?... ¿explosivos?... ¿drogas?... En la inspección tuvimos que salirnos de nuestro departamento donde tras revisarlo entero, acabaron levantando los asientos, ¿qué buscaban?... ¿gente que se escondiera bajo

los mismos?... Tras una hora más de viaje, y tras devolvernos nuestros pasaportes, hacia las 10.30h, llegamos a San Petersburgo, ciudad de 5 millones de hab., con un clima húmedo y una temperatura entre 16 y 18° en verano y -16° en invierno. Era de día y seguíamos a orillas del Báltico.

Allí nos esperaba nuestra guía, Olga, quien nos llevó hasta el autobús, a la salida de la estación y nos fue comentando en el recorrido hasta nuestro hotel, el Pribaltiyskaya, la ubicación de la ciudad, sobre más de 100 islas, surcadas por 86 ríos y con más de 300 km de canales, en el delta del río Neva.



TEMPLO DE EL SALVADOR SOBRE LA SANGRE DERRAMADA
SAN PETERSBURGO
(DIBUJO DE MARTÍN SANJUÁN, 2004)

Más de 400 puentes. Fundada por Pedro I el Grande, el 16 de Mayo de 1702, yalzada a capital de Rusia en 1712. Al llegar al hotel, el pasaporte nos fue nuevamente recogido y entregado en su lugar un número y rápidamente la cena, en un inmenso comedor cuyos grandes ventanales daban al Báltico. Era tarde y la cena debía ser rápida pues los camareros debían comenzar su descanso.

Estábamos cansados, la llegada, la visita y el viaje hizo que casi todos nos acostáramos pronto para al día siguiente conocer la segunda ciudad rusa en habitantes, llamada Petrogrado en 1914, Leningrado en 1924 y finalmente para recuperar su bonito nombre, San Petersburgo, en 1991. Nuestra habitación daba al Báltico, el enorme hotel se había construido para albergar a la prensa en unos juego atléticos. Una recomendación: no beber agua del grifo, sino embotellada. El agua del río Neva, aquella que todo los años al llegar la primavera los Zares bebían en copas de oro no podía beberse, sólo el agua embotellada. Era tarde y el sol iba cayendo, hacía las 12.30h. se hacía de noche. Nuestro autobús viajaría a lo largo de la misma.

Día 4/7/04

El día era magnífico, un sol espléndido nos saludaba y una atmósfera transparente nos reconfortaba. Tras el desayuno nuestra guía, Olga, nos iba a mostrar la ciudad que constituiría el sueño de Pedro I, el Grande. La ciudad era multifacética y cautivadora por sus distintas fisonomías, nuestro autobús nos condujo hasta la plaza de la bolsa en la punta de la isla Vasilievskiy. Al bajarnos del autobús una imponente plaza flanqueada por dos columnas rostrales, construcciones triunfales que servían de guía para los barcos, nos recibió. El panorama era espléndido, dicen que la punta de la isla es única en su género, y sin parangon en Europa y yo me lo creo. Las vistas de las monumentales columnas de 32 m de altura, de perfectas proporciones nos flanqueaban y a nuestra espalda el edificio de la bolsa, semejante a un majestuoso templo, hacía un contrapunto maravilloso. Delante nuestro el río Neva y desde nuestra posición y enfrente, la fortaleza de los Santos Pedro y Pablo. Unos jardines hacían del lugar algo ensoñador, casi todos nos fotografiamos en el mismo. Desde esta plaza nos trasladamos a la Plaza de San Isaac y cómo transmitirles mi impresión de una plaza grandiosa, pues nada mejor que describírsela, el centro de la misma lo ocupaba el monumento al emperador Nicolás I, una enorme estatua ecuestre de 6 m de altura apoyado el caballo únicamente en sus dos patas traseras, vestido el zar con uniforme bien ajustado de oficial de regimiento de caballería, parecía estar coracoleando sobre sus regimientos alineados. En las esquinas del pedestal que lo sustenta, compuesto de granito de Finlandia, piedra de Serdobol, pórfido de Shókshino y mármol de Carrara, figuras alegóricas

de la sabiduría, la fuerza, la justicia y la fe. En el pedestal altorrelieves representando episodios de la vida del Zar. Desde nuestra posición y al frente teníamos la catedral de San Isaac, cuyo domo dorado se observa desde muy lejos, catedral que yo diría es un templo y un museo, con 112 espléndidas columnas en sus puertas, sus muros revestidos de mármol de Karelia y ornamentada con profusión de esculturas. Nuestra guía nos explicó que dada la proximidad del Neva y el tipo de suelo, la catedral reposaba, además de los cimientos, sobre pilotes alquitranados de 6.5 m de largo. A nuestra derecha el hotel Astoria, magnífico edificio, rodeado de leyenda de ser el primero del mundo cuyas sábanas cambiaban a diario. Una serie de edificios de 3-4 plantas, con grandes ventanales frisados por cornisas de amarillo albero y color blanco sede de la Asamblea Legislativa de San Petersburgo, ponían un contrapunto perfecto al lugar. Junto a nosotros multitud de vendedores de pieles, guías, fotografías y collares de distintas piedras, daban vida.

Todavía nos quedaba mucho por sorprendernos ya que desde la plaza nos dirigimos al campo de Marte, impresionante llanura llena de jardines, donde en la época de Pedro I se revistaban los regimientos de guardias y donde fueron sepultados muchos mártires de la revolución de febrero de 1917 honrados hoy con un monumento de granito, delante del cual arde, sin consumirse, la llama eterna. Impresionados por todo lo visto volvimos a nuestro autobús y nuestra guía nos condujo a una tienda de objetos rusos donde casi todos compramos algo. Sus estanterías repletas llamaban la atención. Tras el breve cambio de visión nos dirigimos hacia la fortaleza de los Santos Pedro y Pablo, en el centro histórico de San Petersburgo, y concretamente a su catedral. Atravesando el puente de madera y tras penetrar en la fortaleza nos dirigimos a la misma. La fortaleza erigida como obra de defensa contra los enemigos exteriores, nunca fue utilizada con este propósito, convirtiéndose por ironía en la Bastilla rusa, esto es prisión para los enemigos interiores, siendo su primer prisionero el Zarevich Alexéi, hijo de Pedro el Grande.

Todos admiramos de la catedral su enorme aguja dorada coronada por un ángel volando, símbolo de los más conocidos de San Petersburgo. Su interior de aspecto solemne y triunfal, recuerda una sala con grandes ventanales decorada de viejas banderas triunfales y en uno de sus lados como homenajeando a sus caudillos las tumbas de los zares desde Pedro I hasta los últimos Románov.

Al salir en una pequeña sala, unos cantores atrajeron nuestra atención, sus melodiosas voces parecían piezas de un magnífico órgano. Desde la orilla del Neva contemplamos los edificios de enfrente. Un ruso entrado en edad, ya jubilado, y que había vivido en Cuba, según decía, nos contó sus cuitas sobre lo que un jubilado ruso ganaba. No se si sería o no cierto, pero yo le di unos euros.

Nuevamente en nuestro autobús nos encaminamos hacia la visita central del día EL ERMITAGE. Como transmitirles la grandiosidad y belleza de uno de los palacios y museo más grande del mundo. Piensen sobre estas notas y se harán una idea. Para conocer las exposiciones de sus cuatrocientas salas se necesitaría realizar un viaje de 22 km., si pasáramos en el museo 8 h seguidas del día y si nos detuviéramos en cada muestra sólo un minuto, harían falta casi 15 años para ver todas las colecciones. Era hora de comer y en un pequeño bar, dentro del museo, tomamos unos sandwiches. La visita iba a comenzar, estábamos ascendiendo por la enorme escalera principal de embajadores y así viajando por sus salas vimos la preciosa sala de los mariscales de campo, la de Malaquita, salas de concierto, la gran sala del trono, la blancura y el oro de la sala conocida como el pequeño ermitage, pinturas de Rubens, claro-oscuros espectaculares de Rembrandt, bellezas de Leonardo da Vinci, Van Gogh, Matisse Gauguin.... A mitad de nuestro recorrido y ya agotados, unas escaleras nos brindaron la posibilidad de un pequeño y merecido descanso.

El tiempo se nos acababa, el cansancio nos agotaba, pero nuestros deseos de ver y conocer más nos hicieron seguir caminando hacia la gran sala italiana, la sala española, donde estaban grecos, goyas, zurbaranes, pinturas holandesas y tantas y tantas maravillas. La sala de Rafael y un número de salas con cerámica antigua, tribus primitivas de Siberia, nos hacía volver hacia nuestra salida atravesando el pórtico de los atlantes y no sin pena estábamos en la calle. Antes de salir, un recuerdo hacia el retrato de la emperatriz Isabel Petrovna y un agradecimiento a Catalina II a quien se le ocurrió crear el “refugio del ermitaño”, que habíamos recorrido y al que prometimos volver.

La tarde seguía siendo luminosa, en un muelle cercano nos esperaba un barco para navegar por algunos de los canales de San Petersburgo y contemplar los palacios desde el agua, como el Palacio de verano de Pedro I, al que el agua le seducía; la casa de los Volkonskiy, último apartamento de Pushkin, la iglesia de la resurrección de Cristo (San Salvador sobre la sangre derramada), cuyos capiteles y mosaicos veríamos al día siguiente o el palacio de la familia Yusupof, aquel donde existe la exposición que narra los detalles de la conjura monarquista contra Rasputin, al que dieron muerte en diciembre de 1916, arrojando su cuerpo al Moika.

Las fantasías surgían por doquier. Íbamos en cubierta, los puentes eran muy bajos y a veces por temor a darnos con los mismos nos encogíamos. Dos niños nos saludaron todo el camino desde los puentes corriendo y llegando al siguiente antes que nosotros pasáramos. Al final estaban en la otra orilla del Neva donde desembarcamos y donde todos les dimos monedas.

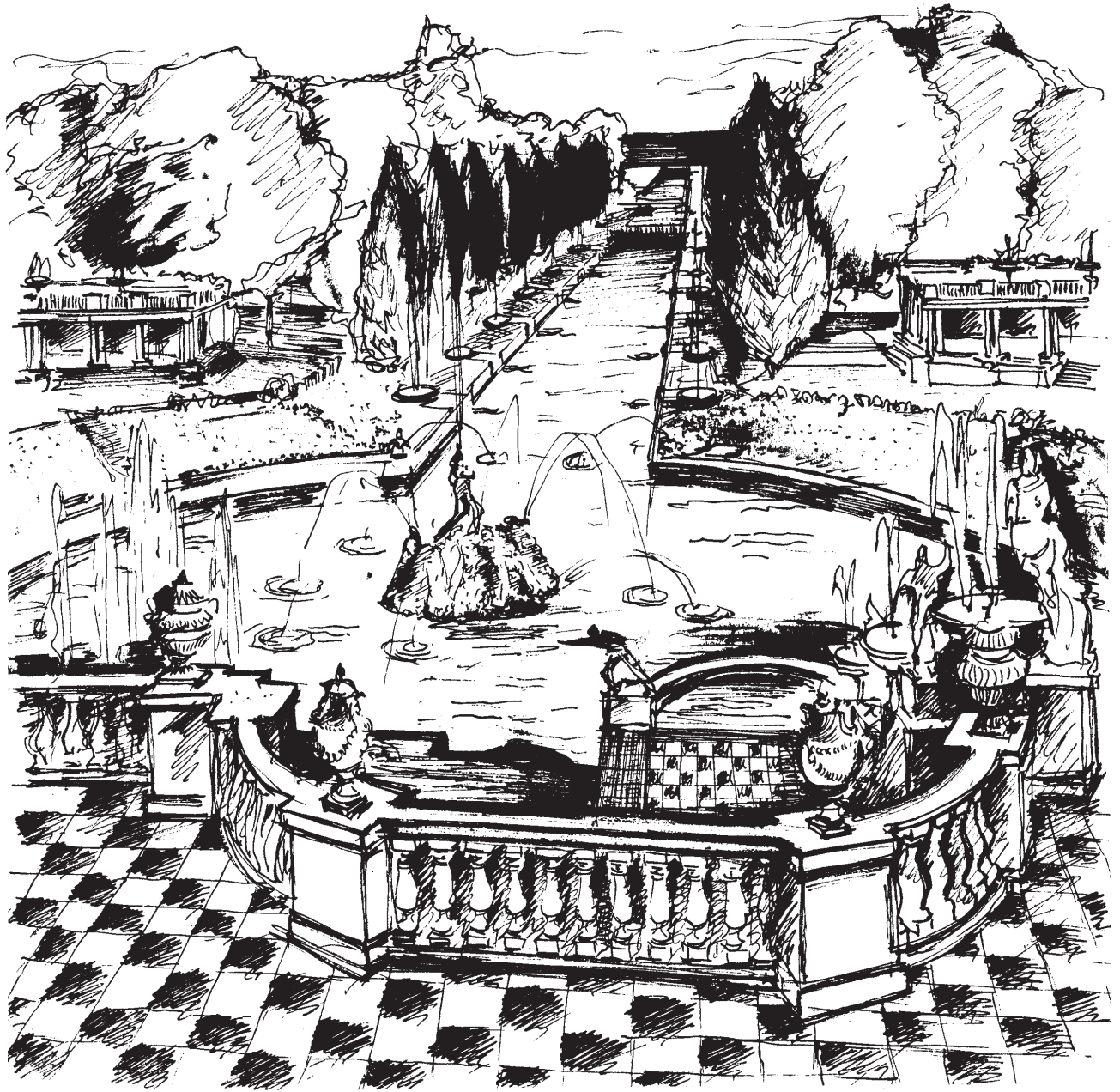
La tarde estaba avanzada, el día había sido muy denso. Subidos al autobús aún pudimos contemplar el crucero *Aurora*, aquel que el 25 de octubre de 1917 disparó una de las piezas de artillería que sirvió de señal para iniciar el asalto al Palacio de invierno donde estaba reunido el gobierno provisional. Una vista de la escuela naval Nijimor cerró nuestra tarde.

Entre recuerdos nos encaminábamos hacia nuestro hotel, luego la cena y el descanso. El día había sido maravilloso, los petersburguenses habían tomado el sol todo el día.

Día 5/7/04

La mañana se presentaba con cielo cubierto de color gris y amenazando lluvia. Nuestro guía de grupo aún no había llegado. Tras el desayuno, nuestra acompañante rusa nos señalaba ya en el autobús nuestro itinerario, íbamos a conocer por dentro la catedral ortodoxa de San Isaac. Entramos en la catedral y si la belleza exterior era grande, nada comparable con su interior, cuyas pinturas perfectas hacían del lugar, algo de lo que uno no desea desprenderse. El tambor de la cúpula central con sus pinturas hacía que nuestra vista girara en torno a algo sorprendente y su gran iconostasio flanqueado con 4 enormes columnas de malaquita y 2 piezas internas de lapislázuli engarzaban, en una perfecta armonía, las pinturas y esculturas de pórvido, jaspe, mármoles y otras piedras de hasta 40 clases... Imagínense entre los colores azules, el color oro, los rojos, los verdes y los tonos amarillos, como nuestra retina se quedaba impregnada de algo que nunca habíamos visto y que por su enorme preciosismo nos sorprendió.

Todavía atónitos por las bellezas y colorido volvíamos a retomar nuestro autobús para ver desde el mismo la avenida Nevskiy, aquella abierta en 1710 para transportar por tierra las cargas que los artilleros del Almirantazgo precisaban y cuyos extremos por un lado enlazaban con el camino real de Nórgorod y por el otro había sido abierta por el avance de los monjes del monasterio de San Alejandro Nevskiy, nombre que pervive en la actualidad. A través de los ventanales de nuestro autobús pasaban templos, galerías comerciales, edificios públicos y hoteles y destacando entre todos el hotel Europa, cerca de él y en este recorrido nuestra guía nos enseñaba una plaza donde los pintores de la academia de bellas artes de San Petersburgo mostraban sus obras. El autobús dió la vuelta, volvimos hasta el almirantazgo y caminando nos dirigimos hacia la catedral de la Resurrección de Cristo, sus nueve cúpulas recubiertas de láminas de oro y de esmalte policromo resplandecían con sus vivos colores independientes de que hubiera sol o que lloviera, la vista era grandiosa. Su fachada revestida de mármol, granito y ladrillo de diversas tonalidades, nos asombraba aún más si es posible que nuestra



Martin Sanjuan
04

RESIDENCIA DE VERANO DE PEDRO EL GRANDE (S. XVIII)
-PETERHOF-
(DIBUJO DE MARTÍN SANJUÁN, 2004)

capacidad de asombro fuera mayor. Una hermosa verja próxima al templo, dicen que es la más bella de San Petersburgo unía la catedral al jardín de Miguel próximo, parecía una planta misteriosa que formara un monograma enigmático. Cuando a través de su bello porche entramos en su interior, nuestra vista pudo contemplar los más bellos mosaicos de perfecta ejecución jamás vistos. Nuestra guía nos explicaba los mosaicos del altar principal y el de la sabiduría divina, y así contemplando tanta belleza se nos explicó que en aquel lugar el 1 de marzo de 1881 el terrorista de la “voluntad del pueblo”, Ignatij Griveritskiy, hirió de muerte al emperador liberador de Rusia, Alejandro II, por eso el templo lo llaman con frecuencia (San Salvador sobre la sangre derramada).

Tras esta visita y bordeando el edificio del almirantazgo pudimos ver la plaza de los decembristas con el monumento a Pedro el Grande, retomamos la avenida Nervskiy para detenernos en la plaza de las artes, lugar donde se ubica el museo de arte ruso. Por megafonía nos indicaron que gozábamos de tiempo libre, bien para ver la avenida Nerskiy y sus edificios, bien para recorrer el museo de arte ruso donde los más bellos iconos se lucen en todo su esplendor. Los excursionistas se dividieron, yo opté por el museo, dónde ante mis ojos desfilaron pinturas de cosacos, retratos de nobles, iconos y un hermosísimo palacio. Al salir, nos habían dicho que el hotel Europa tenía un magnífico *self-services*, y aunque no habíamos quedado en nada todos acudimos al lugar. Tras nuestra comida, una corta visita a la plaza de los artistas, hizo que más de una pintura fuera comprada. La visita de alguna tienda y la tarde lluviosa nos hizo caminar hacia el autobús y volver a nuestro hotel para, tras un corto descanso, ir unos a un teatro cuyo ballet pudieron ver y los otros a un ballet popular con el que nos animamos, viendo bailes inéditos y de gran colorido y belleza. En su entreacto degustamos caviar, canapés y vodka, compramos recuerdos y ya tarde regresamos a nuestro hotel, nuestro guía había llegado y nuevamente se unía con nosotros en el resto del recorrido.

Un episodio para el recuerdo, los camareros, como tahúres, mostrando bajo las servilletas collares de ámbar y malaquita que vendían a las señoras ante nuestro total asombro, con una presteza sin igual. Tras la cena una charla con los amigos. Debíamos hacer la maleta, al día siguiente partíamos hacia un nuevo país.

Día 6/7/04

Seguimos con el cielo encapotado. Tras nuestro desayuno y recogida de pasaportes salíamos para Peterhof al que Pedro I conocía como el palacete de verano de “mi placer”. Allí pudimos ver obras maestras de jardinería, fuentes sorpresa, plazas, es-

culturas y avenidas, desfilaban ante nuestros ojos. Múltiples chorros de agua de miles de colores cautivaban por su refinada hermosura. Caminando pudimos contemplar la hermosa fuente en cuyo centro se ubica la estatua de Sansón desgarrando las fauces de un león; parecía estábamos en un cuento de maravillas hecho realidad, alguien dijo que Peterhof era una joya resplandeciente de rara belleza y era verdad. El paseo fue magnífico.

Al salir hicimos una parada en una Iglesia ortodoxa, bautizaban a un bebé. Unos ancianos y unos niños rubios pedían. La iglesia poco tenía que ver, sólo la muestra de fe. Acabamos y en nuestro autobús nos encaminamos hacia Tallín. Al salir, los suburbios de San Petersburgo, casas con techos de latón, con chimeneas delataban la presencia humana. Delante de nosotros 400 Km. que recorrer a través de bosques y prados verdes. El recuerdo de San Petersburgo nos acompañaba y un deseo: volver a la antigua capital de Rusia.

El autobús seguía su camino amenizado por la charla del guía. El tráfico era bajísimo. A unos 200 Km., en un lugar de peaje llamado Ivargoroa, nos detuvimos para pagar, aunque no fuera autopista. Pronto llegamos a la frontera. El río Nerva estaba ante nuestros ojos. En la frontera rusa un minucioso registro nos hizo temer por nuestras compras en San Petersburgo. Nos habían advertido del riesgo de pasar algún icono antiguo. Tras un tiempo que se me antojó largo, más de una hora, pudimos al fin pasar a Estonia, país recientemente incorporado a la unión europea, su bandera tenía tres colores, una franja negra como la tierra, una blanca que significaba pureza y una azul como el color del cielo. En el lado de la frontera estona un oficial simplemente nos identificó enseñando nuestro pasaporte. Los cuadros comprados en San Petersburgo habían pasado, restaban 200 km hasta Tallín. El paisaje era similar. Cambiamos rublos y euros por coronas estonas. (1euro=15.64 coronas estonas). Seguíamos bordeando el Báltico y en un país al que los finlandeses en fines de semana acudían con mucha frecuencia. Pronto los arreglos de carreteras, señal inequívoca de que habíamos traspasado a Europa, estaban por doquier y en las mismas muy pocos coches. El país tiene unos 45.000 km² de superficie, con 1.700.000 hab. de los que unos 400.000 residen en su capital.

Estonia en 1219 fue invadida por Dinamarca, en una cruzada para cristianizar a sus paganos habitantes, vendida las tierras 10 años más tarde. Los daneses cedían su poder a la orden alemana de los caballeros de la espada, que a su vez acabaron de cristianizar la zona de la Europa septentrional. En 1345, Dinamarca acabó vendiendo sus posesiones en Estonia a la Orden Teutónica, los sucesores de los caballeros de la orden de la espada, y a su vez éstos la revendieron a la orden de Livonia. Antes de irse, los caballeros de la orden de la espada,

decidieron convertir Tallín en una ciudad alemana para lo que invitaron a 200 mercaderes alemanes de Gotlandia a establecerse. Este hecho hizo que la capital tuviera un estilo de vida alemán y que en 1285 fuera admitida en la “liga” hanseática de las ciudades comerciales alemanas, lo que hizo que el lugar fuera próspero durante toda la Edad Media. Desde el siglo XIII la ciudad se dividía en ciudad Alta (con su colina de Trompea), lugar de los terratenientes y nobles alemanes, y ciudad Baja, Ciudad de mercaderes y artesanos. Afortunadamente la ciudad vieja de Tallín ha conservado su aspecto medieval en su complejidad, sin mayores alteraciones, habiéndose incluido por la UNESCO en su lista de patrimonio mundial.

Hacia las 8:45h llegábamos a nuestro hotel de corte europeo, su nombre Metropol. Las callejas de su alrededor estaban llenas de luces de neón rojas. Se notaba los fines de semana de los finlandeses en Estonia. El lenguaje estonio pertenece a la familia finougrias y por ello sólo es parcialmente comprensible por los finlandeses que en ferris constantes atraviesan las cortas distancias que les separan. Tras la cena, un paseo por la ciudad baja. Pronto nos familiarizamos con las calles de esta bella ciudad que al día siguiente conoceríamos.

Día 7/7/04

Tras nuestro desayuno, nuestro guía Viktor nos esperaba para acompañarnos en la visita y explicarnos la historia de Estonia mientras montados en nuestro autobús nos dirigíamos al palacio y Parque de Catalina I, mujer de Pedro el Grande. Sus fastuosos jardines desfilaban ante nuestros asombrados ojos y desde este lugar partimos hacia una colina próxima desde dónde podría apreciarse con exactitud el campo de la canciones, aquel donde tiene lugar el festival de la canción y el día de la cerveza.

Comentan que este festival permitió que el 20/8/91 Estonia restableciera su identidad y su independencia perdida tras la 2ª Guerra Mundial, “eso dicen, yo lo dudo”. A la derecha de nuestra situación se encontraba el golfo de Finlandia, aquel cuyas aguas en invierno se hielan. Nuestro autobús se dirigía por la gran puerta marítima, dónde se conserva la maciza torre de cañón, llamada Margarita la gorda, por su gran anchura. y que en la época medieval fue una de las 6 entradas que tenía la muralla que rodeaba la ciudad. Nuestro guía nos comentaba que casi toda la población de Estonia era atea, yo lo dudo, pues vimos muchas iglesias como la iglesia de San Olav perteneciente a la congregación Bautista y cuyo nombre se remonta a la época de la dominación sueca o la iglesia luterana evangélica del espíritu santo o la iglesia de San Nicolás, destruida en la 2ª Guerra Mundial tras un bombardeo soviético y reconstruida ulteriormente. Así, nos dirigíamos hacia la parte alta de Tallín

mientras se nos explicaba que el nombre de Tallín es la fusión de dos vocablos cuyo significado es “ciudad danesa”.

Llegados a la parte alta ante nuestros ojos en una colina aparecía la ciudadela de Toompea, cuyo origen según el autor de la epopeya nacional de Estonia (“El hijo de Kalev”) cuenta fue formada al morir Kalev, héroe de los antiguos estonios, por su enamorada viuda Linda, recogiendo en su delantal enormes cantos rodados que amontonaba junto a su tumba para erigirle un monumento; la última piedra muy pesada no pudo moverla, Linda se sentó, presa de cansancio y tristeza comenzó a llorar y tantas lágrimas derramó que ellas formaron el lago Ülemiste.

Pues bien, en la parte baja de la fortaleza y próxima a su alta torre apodada “Hernán el largo” pudimos apreciar la bella escultura de Linda. Caminando por la parte alta de Tallín fuimos conociendo edificios como el del parlamento reconstruido en estilo barroco por orden de Catalina II (Catalina la Grande) o la catedral ortodoxa de Alejandro Nevski erigida frente al castillo de Toompea y desde aquí a un sorprendente mirador desde cuya cota podían apreciarse imponentes vistas de la ciudad baja, el puerto y la bahía. Mientras caminábamos, nuestro guía, nos relataba como Puskin era descendiente de un esclavo de Pedro el Grande, de raza negra.

Para desde esta altura descender a la ciudad baja, podíamos hacerlo o bien por la calle que llaman por su mayor recorrido “pierna larga”, que va a lo largo de la muralla o la calle pierna corta. Nosotros elegimos la larga para llegar a la plaza del ayuntamiento, corazón de Tallín. En este lugar, además del Ayuntamiento y sus edificios colindantes visitamos una farmacia fundada en 1422, donde además de tarros y productos parafarmacéuticos en su rebotica existía una profusa venta de iconos, así como otros muchos objetos.

Alrededor de la plaza, varias calles y caminos nos llevaron, recordando con sus nombres en cada esquina, la antigua especialización de las tiendas en ellas ubicadas. Los nombres de zapateros, joyeros, farmacias etc. aparecían, indicando los gremios de los artesanos que en ellas desarrollaban su profesión. Un lugar encantador, en la calle larga, el Café Goloso.

Como era medio día decidimos comer, unos acudieron dónde el guía había indicado, otros comimos en una cafetería de la plaza del ayuntamiento, una plaza medieval con música y personajes medievales, toda una delicia. Y tras la comida la visita en la falda de la muralla al comercio del lino y de la lana. Para que explicarles algo que ustedes se suponen, solo comentarles que parecía que el lino se iba a terminar para siempre.

A las 14.30h, nuevamente en nuestro autobús, partíamos para el museo etnográfico y al aire libre

Rocca al Mare, nombre italiano dado por su fundador enamorado de Italia. En el pudimos apreciar haciendas típicas de distintas regiones de Estonia con muebles, utensilios y ornamentos a través de los cuales conocimos como vivían los campesinos estonios en los siglos XVI y XVII. También vimos y estuvimos en una taberna del siglo XIX. En ella mujeres jóvenes estonas celebrando un cumpleaños y cantando “los remeros del Volga”, dieron un contrapunto final a la visita hecha en aquel bonito lugar entre pinares, campos de helechos y flores de colores. De vuelta al hotel y tras descansar brevemente aún tuvimos tiempo de volver a la muralla para pasear. Finalmente agotados, cenamos y nos acostamos con el recuerdo de la ciudad y del grupo comprando en el mercado del lino.

Día 8/7/04

Con un día espléndido partíamos hacia Letonia y hacia un capitel Riga íbamos camino del río Dangana y nuevamente deberíamos cambiar la moneda a los Lats letones (1 euro=0,60 lat). Nuestra guía Anna nos explicaba el camino que estábamos haciendo, recorriendo la vía Hansa o vía Báltica. A nivel de grupo éramos de los pocos que hasta ese momento había penetrado en la vía Hanseática. Letonia era el más pobre de los 3 países que conforman la vía Báltica. Nuestro autobús circulaba por aquellos lugares recorridos mucho antes por los caballeros teutones, aquellos a los que en 1345 Dinamarca vendió sus posesiones en Estonia, orden a su vez sucesora de los caballeros de la espada. Letonia es una nación agrícola, ganadera y pesquera, el 40% del país es todo bosque. Su lengua tiene su origen en el habla indoeuropea. En las carreteras que recorríamos muy poco tráfico, de vez en cuando algún pequeño pueblo con sus casas de tejados rojos, color propio de la pintura extraída del hierro. El número de habitantes de Letonia está entorno a los 2,5 millones de los que 800.000 viven en Riga, donde nos dirigíamos.

Esta zona de mercadeo, como el resto de los países del Báltico, había sido siempre disputada por otros países mayores como Suecia, Alemania y Rusia. La renta de sus habitantes ronda los 5.300 dólares, como ven algo más de la 4ª parte que España. En sus bosques, aunque de orografía similar, los árboles coníferas eran más altos.

De estas tierras, en el año 1193, partieron las cruzadas que debían cristianizar, por orden del Papa Clemente III, a los paganos de la Europa septentrional. Esta cristianización se hizo tras guerras sangrientas que se extendieron hasta 1227, fecha en que los obispos alemanes establecieron su poder definitivo y en la que los teutones vendieron sus posesiones a la orden de Livonia (caballeros alemanes a la orden del obispo de Riga).

Hacia las 11.30h la frontera, donde una policía rubia nos revisó los pasaportes. Por nuestros ven-

tanales, de vez en cuando, ganado vacuno paciendo tranquilamente. Estos lugares, así como la ciudad de Riga, eran los preferidos para el veraneo de los jerarcas soviéticos. A unos 14 km de distancia de la capital cogimos una autovía y enseguida el río Dangara, caudaloso y atravesado por puentes, primero el del ferrocarril y luego el de piedra. A lo lejos la torre de San Pedro y como contrapunto un puente atirantado, más moderno cerraba el número de vías que comunican las orillas del río. El puerto de Riga nos pareció más pobre que el de Tallín. Tras nuestro recorrido en autobús, caminamos por las calles de la ciudad, hasta una avenida donde las fachadas de sus casas, estilo Art Nouveau, Eisenstein eran de conseguida belleza.

Como era la hora de la comida nos distribuímos por una plaza próxima al hotel Riga, donde sin perdernos mucho de vista repusimos energía comiendo para inmediatamente continuar nuestra visita guiada. Volvimos a orillas del río Dangara y tras ver el mercado ubicado en los hangares donde se albergaban los dirigibles Zeppelin nos detuvimos en la plaza del Ayuntamiento y contemplamos la “casa de los artesanos”, un espléndido edificio con pendientes tejados y con fachadas en ladrillo rojo, con múltiples estatuas. Callejeando vimos otra curiosa casa con un gato metálico negro en la cúpula de su tejado así como la llamada puerta de Suecia y las casas de los tenderos y artesanos, cuyas ventanas pequeñas tenían por fin pagar menos impuestos ya que los mismos se cobraban en razón de la apertura de los huecos a la calle, según contaba nuestra guía casi todos los comerciantes fueron en la Edad Media de origen judío. La visita al llamado Duomo de Riga en otra hermosa plaza, y la vista de su catedral católica cerraron nuestra visita guiada.

El autobús nos llevó al Gran Hotel de Riga, nuestro hotel, lugar con su particular sello de grandeza soviética, ya que no en vano en él los jerarcas rusos habían tenido durante mucho tiempo su particular residencia. Las vistas desde la ventana del hotel magníficas. Una hermosa plaza se divisaba y en ella la catedral católica a lo lejos; el teatro nacional de la ópera a mi derecha y el monumento a la libertad enfrente.

Tras la cena un paseo por los alrededores del hotel, en nuestro paseo y próximo a las terrazas en que habíamos comido, jóvenes bailando cantos nacionales. Subida al mostrador de un bar, una joven bailaba. Junto a la pared de una iglesia y en una estrecha calle dos contrabajos interpretaban el *Ave María* de Schuber. Cerca del hotel un saxofonista tocaba música de jazz. La noche blanca dominaba, las luces tardaron en encenderse, nos explicaron que el país tenía un déficit de energía, que debían importar de la próxima Rusia.

Tras una pequeña despedida, el descanso. El día había estado lleno de visitas y de datos nuevos.

Día 9/7/04

Día magnífico y con mucho sol. A las 9h. antes de partir y al pie del autobús una nube de vendedores de ámbar callejeros nos ofrecían su variopinta mercancía, enseguida marchábamos y tras cruzar el río nos encaminábamos hacia nuestra próxima meta. A la salida prados verdes, luz tamizada por altos árboles y más adelante campos sembrados de colza con un espléndido color amarillo nos dominaban. Estábamos en el “granero de Letonia”. Un icono comprado por uno de los excursionistas recorría el autobús a fin de ser visto y admirado. Íbamos al Palacio de Rundale, precioso lugar que en la época comunista fue granja colectiva y sus pinturas cubiertas por un manto blanco de cal. Rundale es hoy un gran palacio museo con magníficas escayolas y pinturas, rodeado de espléndidos jardines donde tienen sus nidos durante el verano multitud de cigüeñas. Estábamos recorriendo el antiguo estado ruso de Curlandia, cuyos límites se extendían hasta Livonia y que integraba parte de las hoy naciones de Letonia y Lituania.

Visto Rundale seguimos la vía Báltica hacia la frontera donde inevitablemente teníamos que realizar nuevo cambio de moneda de los Lats letones a litas lituanas (1 euro= 3,45 litas).

Una hora más de autobús y estábamos en Siauliai y en las proximidades de la ciudad, en medio de una gran llanura la colina de las cruces donde miles de ellas depositadas de todos los tamaños se reúnen en un extraño monumento. En este lugar y sus alrededores los lituanos en 1236 vencieron a al orden teutónica. El por qué tantas cruces es algo que no se comprende bien pero lo cierto es que el lugar visitado por nuestro Papa impresionaba. Los campos de cereales rodeaban el sitio, y como el camino hasta nuestra próxima meta, Kaunas, era largo no había ventas ni gasolineras, y las necesidades fisiológicas son imposibles de controlar, el autobús hubo de detenerse en medio de la ruta a fin de que algunos viajeros se aliviaran.

Mas bien tarde llegamos a Kaunas y como el hambre no espera, una vez en su calle principal nos desplegamos para comer algo. Lo hicimos rápido a fin de reunirnos y pronto visitar la ciudad antigua. Tan corto era el tiempo que nos dieron y tanto tardaban los lituanos en servirnos que alguno se quedó sin comer o tardaron en incorporarse a la visita.

La muralla, la plaza con el Ayuntamiento en el centro, una hermosa torre campanario en su fachada y distintas iglesias fueron objeto de nuestra infatigable curiosidad. En ese recorrido apreciamos la belleza de la catedral de los Bernardinos, el seminario jesuita, edificio notable que nos agradó sobremanera. El templo de San Casimiro donde oficiaban la santa misa. Se apreciaba claramente que en este país de donde habían partido parte de

las cruzadas del norte, la mayoría de sus habitantes eran católicos. Tras la visita nuevamente reemprendimos nuestro camino. No se cuánto tiempo tardamos en llegar a Vilnius pero si diré que el mismo duró una corta siesta. Llegados a nuestro hotel, de la cadena Holiday Inn, el aposento era bueno y tras la cena un grupo numeroso tuvimos fuerzas para caminar hacia el centro, era viernes y la ciudad estaba sola, los trolebuses que pasaban con sus pañitos quitasoles en su luna delantera llamaban nuestra atención tras la vuelta y ya cansados nos acostamos, estábamos en la ciudad del ámbar.

Día 10/7/04

Tras el desayuno, nos reunimos para comenzar la visita a la ciudad. Nuestra guía, Verónica, nos comentaba como era Lituania, una nación de 3.500.000 hab. de los que 700.000 vivían en su capital. La lengua el lituano, procedía de las lenguas indoeuropeas. Nuestro autobús había llegado a una colina llamada de las tres cruces, todo un símbolo de la ciudad ya que en este lugar se conmemora la muerte, por crucifixión, de los primeros monjes llegados a estos lugares a fin de cristianizar a sus paganos habitantes a finales del siglo XIV. Estas cruces destruidas en la época soviética fueron luego reconstruidas. Desde este punto la vista de la ciudad, en un día claro y con sol, era una maravilla.

Nuestra guía nos contaba la leyenda de la fundación de Vilnius por el gran duque Gediminas que residía en Trakai, el cual estando de caza en el valle entre los ríos Vilnia y Neris y encontrándose perdido y cansado se quedó dormido al pie de una colina. Mientras dormía tuvo un sueño que interpretado por un anciano adivino le hizo comprender la necesidad de fundar una ciudad que se haría famosa en todo el mundo. Gediminas siguió el consejo, fundó la ciudad y le dio por nombre aquel que tenía su próximo río Vilnius.

Desde este lugar, nos dirigimos a la iglesia de San Pedro y San Pablo, cuyo barroco tardío y perfecto y su blancura constituyen una gran joya arquitectónica. Como todas las iglesias de esa época y en esa zona se trata de una iglesia-fortaleza y su sugestivo interior está decorado con más de dos mil esculturas de estuco, en ellas se identifican personajes bíblicos, historias mitológicas y alegóricas, seres fantásticos y demoníacos, plantas y animales, cuerpos celestes, símbolos militares y litúrgicos así como objetos de la vida cotidiana.

Tras esta extraordinaria visita nos dirigimos a la plaza de la catedral, hermoso edificio monumental del más puro estilo clásico, con sus grandiosas columnatas, tanto en su fachada principal como en sus laterales. En su interior y en las naves laterales 16 cuadros del pintor italiano Constantino Villani. Todos los visitantes nos quedamos extasiados ante

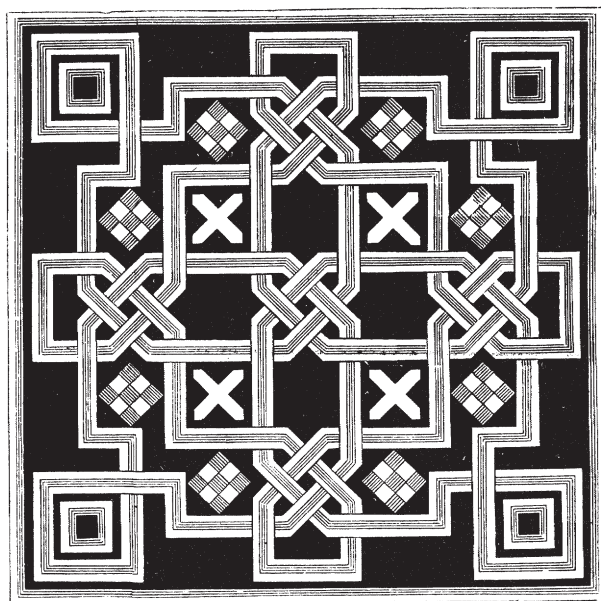


CAMPANARIO E IGLESIA DE SAN JUAN (S. XVII-XVIII)
-VILNIUS-
(DIBUJO DE MARTÍN SANJUÁN, 2004)

la capilla de San Casimiro de hermoso estilo barroco. La catedral compendia toda la historia de Lituania. El campanario de la catedral, separado de ella, es una de las más antiguas construcciones en ladrillo de todo el país. Torreón ovalado de cuatro plantas con troneras y justo detrás del campanario y a la altura de la capilla de San Casimiro el monumento a Gediminas fundador de la ciudad. Siguiendo nuestra visita pudimos ver exteriormente la iglesia de los Bernardinos de estilo gótico y próximo a la misma la iglesia de Santa Ana, con su estilo de gótico tardío cuya fachada está coronada de elegantes y esbeltas torrecillas con cruces de metal y de rítmica composición semejando una obra de marquetería en madera. Al asomarnos en su interior estaban bautizando un niño.

Caminando llegamos a la iglesia de San Nicolás, su modesta, incluso primitiva, fachada triangular con nidos, se apoya sobre dos contrafuertes. La misma tiene una larga historia ligada a la lengua y a la cultura lituanas. Poco a poco, paseando por las calles descubrimos el encanto de los patios de Vilnius, y así llegamos hasta la Universidad, un hermoso, grande y bello edificio que comenzó a crecer en 1568, cuando el obispo de Vinius compró una casa gótica de dos plantas donde ulteriormente se instaló el colegio de los jesuitas, más tarde se construyeron doce edificios de varios cuerpos entorno a trece patios de diferentes formas y dimensiones.

A través de una arcada penetramos en el patio del observatorio, así llamado, pues en su parte norte se encuentra la antigua torre donde se ubicaba el



observatorio universitario. El piso del edificio está decorado con signos zodiacales y dos inscripciones en latín. Una de ellas dice «El coraje, le da al viejo cielo, una nueva luz».

De esta zona pasamos al patio de la biblioteca en uno de cuyos ángulos y colocados a la sombra pues el calor apretaba, nuestra guía nos explicaba la historia arquitectónica del edificio. Posteriormente y a través de unas escaleras llegamos al patio de SARBIEVIUS, donde se encuentra la librería, decorada con hermosos frescos del siglo XVIII que representan los ex-profesores y alumnos de aquella época. El siguiente patio, denominado de San Juan tiene entre sus edificios, la iglesia de su nombre de estilo gótico y el campanario adosado a la misma. Al salir aún nos dio tiempo para ver el ayuntamiento y próximo al mismo y a través del barrio judío, no en vano a la ciudad se la llamaba la Jerusalén del norte, pudimos apreciar la iglesia de San Casimiro, edificio barroco que albergó entre 1961 y 1989 el museo del ateísmo y que en 1991 fue nuevamente re-consagrada.

Ascendiendo llegamos hasta la puerta Aurora, uno de los grandes símbolos de Vilnius, hermosísimo lugar construido en el camino que iba a Minsk y una de las cinco puertas de la muralla de la ciudad. Allí se encuentra la venerada imagen de la *Madre Misericordiosa*, conocida no sólo en toda Lituania sino en el extranjero. En este lugar las tiendas de ámbar y los recuerdos de Vilnius estaban por doquier por lo que la excursión dispersándose se dedicó al glorioso episodio inevitable de las compras. Este centro histórico de la ciudad, que acabábamos de visitar había sido declarado patrimonio de la UNESCO en 1994.

Tras las mismas una frugal comida lituana; pues íbamos ajustados de tiempo y rápidamente re-anudamos la calle que nos llevaría hasta la plaza de la catedral donde nuestro autobús nos esperaba próximo al lugar de donde partía la avenida Gediminas que la anterior noche habíamos recorrido.

Nuevamente los viajeros íbamos hacia un nuevo destino, el castillo de Trakai, donde hacia 1350 nació el gran duque Vytautas, el soberano más destacado de la historia lituana. Visitar el castillo fue toda una gratísima experiencia. Totalmente reconstruido tras la 2ª Guerra Mundial, parecía una castillo de cuento de hadas. Todo el conjunto está dominado por una hermosa torre de 5 plantas y su acceso se realiza a través de un puente levadizo y en medio de las aguas, único de toda la Europa Oriental de estas características. Recorrimos su patio, sus torres y las exposiciones que en las mismas había, unas históricas y las otras de curiosidades como las vasijas de bebidas realizadas con monedas.

La tarde era espléndida y como gran recuerdo de la misma los jóvenes lituanos con su chica en los brazos atravesando el largo puente sobre el lago.

El motivo unas eran novias, otras habían terminado su graduación escolar. Frente al castillo, en tierra firme, más tiendas de ámbar y de recuerdos; Bernardino, Luis y yo nos sentamos en un embarcadero, frente aquel hermoso panorama.

A la vuelta todavía nos quedaba tarde, fuimos a oír misa a la catedral, donde una solista cantaba maravillosamente. Tras un paseo llegamos al hotel, la cena y una breve charla dieron paso a nuestra última noche en Lituania.

Día 11/7/04

El día estaba cubierto, tras entregar las llaves y cargar nuestras maletas viajamos al aeropuerto de Vilnius. Orovostas. La entrada con los paquetes a mano ya que el autobús no podía entrar, por no poder salir, pues no cabía en la rampa de descenso, para recuerdo anecdótico. Pasado el control policial las últimas litas se gastaron en las pocas tiendas que allí había; entenderse con el personal del aeropuerto no fue tarea sencilla, un pasajero, por error de la señorita del aeropuerto que se equivocó en la facturación, tardó más de dos horas en pasar el control.

El tiempo se iba poniendo oscuro y comenzó a llover. A las 13:30h, embarcábamos en un avión De Havilland de hélice, con dirección a Estocolmo. Nuevamente y esta vez por aire cruzamos el Báltico hasta llegar a Arlanda, en el camino agua

y bosques y tras 1,15h de vuelo llegamos a Estocolmo, apenas tuvimos tiempo para cambiar, las litas que restaban. El aeropuerto sueco a la vuelta nos parecía fantástico. Inmediatamente embarcamos rumbo a Barcelona, salimos puntualmente y el viaje fue bueno. Toda Europa estaba cubierta de nubes. En Barcelona la temperatura era de 23°. Casi una hora después de la hora oficial de salida debido a avería en el compartimento de carga, partíamos hacia Málaga.

Un autobús nos recogió hacia las 24 h. Y tras breve parada para recuperar fuerzas llegábamos a Osuna y finalmente a Sevilla. Era la 1:35h. del 12/7/04. El magnífico viaje había concluido felizmente.

Antes de terminar agradezco a todos la compañía que me dieron durante el mismo y espero que todos volvamos a vernos en la próxima.

A lo largo de esta magnífica excursión y debido a la flema y templanza de Patricio con todos los “amigos de los museos”, unos cuanto propusieron honrar a nuestro gran amigo con el título honorífico de *Seer*, por lo que desde ahora se le llamará “Seer Patric”.

